

Para dar á luz sus hijos las indias se retiraban solas á lo mas oculto del monte acompañadas á lo sumo de una ó dos de sus confidentes. Cuando salian con bien de su alumbramiento una de sus compañeras volvia corriendo á la ranchería donde avisaba al indio que adoptaba aquel hijo, y éste acompañado, de sus amigos y allegados, se pania á correr y dar saltos de gozo, despues de lo cual se acostaba en el lecho de su familia haciéndose el enfermo, en donde recibia los parabienes de sus compañeros.

Mientras esto pasaba en la ranchería, la madre, acompañada de sus confidentes llegaba al aguaje, en donde despues de bañarse repetidas veces con su hijo volvia á las casas sin dejar traslucir sus padecimientos. En estos casos tenian la bárbara costumbre de quitar la vida al recién nacido, enterrándolo vivo cuando por naturaleza nacia con alguna deformidad ó defecto; y tambien en el caso en que el alumbramiento era de gemelos, escojian el mejor formado para dejarlo vivir y enterraban al otro. Cuando una india sucumbia al dar á luz su hijo, las que la acompañaban volvian corriendo á la ranchería, y con sus gritos y muestras de congoja, daban á conocer el desgraciado suceso. Con iguales demostraciones de sentimiento el que era reputado por padre, iba al lugar en que se hallaba la muerta, acompañado de sus parientes ó amigos, y preparaban al lado mismo en donde hallaban el cadáver, una sepultura, en la que no solo era enterrada la difunta sino tambien su hijo, aunque este estuviera vivo y manifestase perfeccion y salud.

Los hombres en aquellas tribus, no manifestaban el dolor que les causara la pérdida de sus mujeres ó hijos, sino por muestras y gritos que terminaban pocos momentos despues de la muerte de éstos; pero en las mujeres eran duraderas las demostraciones, pues cuando una india miraba morir á su marido ó indio predilecto, se retiraba al monte con otras de sus allegadas, y ahí se arrancaba cuantos cabellos tenia en el cuerpo, uno á uno, dando á cada tiron un alarido al que acompañaban con otros sus condolientes. Esta operacion se prolongaba segun el grado de dolor que habia causado á la paciente la pérdida de su marido, y en muchos casos les quedaba la cabeza, cejas y pestañas, sin un solo cabello; en cuyo estado, como es de suponerse, quedaban horriblemente desfiguradas. No obstante esta fealdad, al muy poco tiempo la viuda tenia muchos enamorados, que testigos de su dolor por el difunto, trataban de enlazarse con ella, y ésta no tardaba en elejir entre todos un nuevo compañero.

### XIII

#### ALGO MAS SOBRE LAS COSTUMBRES DE LAS TRIBUS TAMAULIPECAS.

Aunque de una manera general acabo de ocuparme en el capítulo anterior de las costumbres que podian llamarse comunes entre las tribus Tamaulipecas; me veo en el caso, para no dejar huecos en esta cuestion, de hablar aquí de algunas particularidades que las distinguian, haciéndose esta distincion mas notable en las tribus que hablaban diferentes idiomas.

Sobre las márgenes del rio Bravo habitaban entre otras las tribus de *catanamepagües*, *auyapemes*, *uscapemes*, *comesacapemes*, *saupalagüemes*, *taniacapemes*, y *gummescapemes*, que todas hablan el mismo idioma y talvez por este motivo vivian por lo comun en paz entre sí. Acostumbraban estas tribus rayarse el rostro y el resto del cuerpo con líneas azules; vivian principalmente de la pezca y sus correrías las hacian por las costas.

En el mismo Rio Bravo, en la parte en que se fundaron las Villas de Mier, Camargo, Revilla y Reinosá, habitaban los indios *cotomanes*, *carri-zos*, *cacolotes*, *tejones*, *nazas*, *narices* y *comecrudos*; que se proporcionaban la vida en continuas cacerías y alguna pezca.

Entre las tribus que vagaban del rio Conchas al de Santander habia muchas, como los *aretines*, los *panguayes*, los *caribayes*, los *tagualitos*, los *zapateros* y otras, que formaban labores de maiz y frijol, recojian sus cosechas en barracas bastante abrigadas y labraban loza ordinaria.

Todas estas naciones tenian en los numerosos rios y arroyos, que sa-

CAPÍTULO XIII  
ALGO MAS SOBRE LAS COSTUMBRES DE LAS TRIBUS TAMAULIPECAS

len al mar y á las lagunas de Salinas, una pezca abundante, así como tambien en aquellos montes encontraban á la mano gran diversidad de animales para la caza.

Los trajes de que usaban estos pueblos eran por la comun compuestos de una sola gamuza, ó piel de coyote curtida con pelo, que sujetaban indistintamente sobre sus hombros ó de su cintura, cubriéndose unas veces las espaldas y otras las caderas y los muslos. Mas cuando se preparaban para reunirse en un festin ó mitote, se pintaban el cuerpo de rojo, de añil ó de carbon, que las mujeres preparaban al efecto; en la cabeza se colocaban altos copetes formados con plumas escojidas de loros y acamayás; en los brazos, piernas y cuello se ceñían collares hechos con cuentas de concha ó de huesos, y además se ponian pendientes de estas mismas cuentas en las narices y orejas.

Estos adornos solamente los usaban como acabo de decirlo en sus bailes ó fiestas, pero no en sus cacerías ó combates.

Para combatir alguna enfermedad epidémica que llegaba á apoderarse de la tribu, lo que sucedia con frecuencia atendiendo á la desnudez y barbárie en que vivian, hacian un gran acopio de leña seca y formaban con ella un gran círculo en cuyo centro quedaba comprendida la ranchería. En seguida prendian fuego por distintas partes á esta leña, bien pronto se veian circumbalados por el fuego y entónces hacian ademán de soplar el humo para fuera gritando con voces tristes maldiciones al mal que los afligia. Despues de esto clavaban al rededor de sus casas hileras de largas estacas, pues creian que en ellas se detendria el contagio; y cuando éste á pesar de todas estas precauciones seguia haciendo estragos como sucedia generalmente, entónces se determinaban á abandonar el lugar; lo cual hacian despues de haber prendido fuego á la ranchería, abandonando en ella á los enfermos ó contagiados del mal de que huian; los que de este modo se miraban condenados á morir en las llamas para no seguir propagando la peste en los que se alejaban.

En estas emigraciones dictadas por el terror, las mujeres que habian quedado viudas, caminaban por una senda separada de la que seguia la tribu, entregándose á la costumbre de arrancarse los cabellos para hacer visible su duelo.

Los medios de que hacian uso en la caza eran comunes casi en todas aquellas naciones.

Cuando el indio perseguia al venado, javalí ó coyote, sin ir acompa-

ñado de otro cazador, comenzaba por herirlo con sus flechas, y por el rastro de la sangre que el animal dejaba en su fuga, lo seguia hasta lo mas espeso de los montes donde fuera á ocultarse. Tambien ponian á estos animales trampas y lazos en las veredas y agnajes, y cuando el venado les comia sus labores, observaban por sus huellas el lugar por donde entraba, le ponian algun obstáculo para obligarlo á saltar, y colocaban una aguda estaca de madera fuerte enfrente del obstáculo, calculando con tal precision el brinco del animal, que éste casi siempre quedaba muerto en el mismo sitio, atravesado el pecho con la estaca. Para cojer los javalíes que atacaban las milpas, tenian tambien un medio sencillo pero que les daba siempre seguros resultados, y era el hacer un pozo de unas tres varas de profundidad, de ménos de dos varas de boca y estrecho en el fondo, de tal manera que el javalí que en él llegara á caer, no tuviera espacio para poder brincar á la superficie de la tierra.

Este pozo lo practicaban en el punto en que los javalíes entraban ó salian á las milpas, le tapaban la boca con ligeras y débiles varas de algunas yerbas, sobre las cuales regaban hojas secas disimulando el peligro, y preparada así la trampa, cuando durante la noche los javalíes atacaban la milpa, caian al pozo donde eran cojidos por sus perseguidores.

En la caza de las aves acuátiles, tenian la costumbre de abandonar algunos guajes grandes en la superficie de los lagos y ciénegas donde miraban posarse por lo comun las parvadas; éstas se familiarizaban con la presencia de tales objetos, y entónces el indio se hundia en el agua hasta el cuello, ocultaba la cabeza en el hueco del guaje, en el cual practicaba pequeños orificios para mirar su presa, se metia de este modo entre la parvada, y agarrando por debajo los piés del animal lo sumergía y ahogaba, sujetándolo á su cintura con una cuerda preparada de antemano. Por este medio que era usado tambien por los mexicanos, lograban cojer gran número de patos ó ánsares.

Cuando dos naciones se convidaban para hacer una cacería en algun punto determinado donde creian encontrar mayor número de animales, se dividian en pequeños grupos, y rodeando por todas partes el monte que se trataba de atacar por espacioso y dilatado que fuera, principiaban á estrecharse, asustando al principio con sus gritos á los animales con el fin de que huyeran al centro, á donde muy pronto llegaban los indios á encerrarlos en un círculo, acestándoles sus flechas. De este modo conseguian hacer gran número de presas, aunque á veces habia

que lamentar la pérdida de algun compañero, que caía herido por alguna flecha mal dirigida en el asalto y desorden del último ataque (41) dado á los animales reducidos. Solian tambien para estas cacerías, formarse en largas hileras por las orillas de un llano, mientras que otros iban por el lado opuesto á prenderle fuego; y como era natural, una vez generalizado el incendio en el zacate y matojos de la llanura, todos los animales que en ella se encontraban, huían en opuesto sentido, yendo á caer en manos de los cazadores. Tales cacerías, como he dicho ya en otro lugar, eran entre aquellos pueblos los preparativos de sus orgías ó mitotes.

Las causas principales que determinaban á las tribus tamaulipecas á hacerse la guerra; eran el disputarse la posesion de algun terreno donde abundaban las frutas silvestres, ó cuando se reunian dos naciones para hacer la cosecha de dichas frutas y quedaban descontentas una de otra en la particion, ó cuando en el juego de la pelota quedaban resentidos y estropeados mútuamente; ó tambien cuando un matrimonio se habia realizado entre dos naciones, y el hombre repudiaba muy pronto á la mujer, ó en la tribu de ésta habia alguno interesado en irse á quitar para ligarse con ella.

En todos estos casos, las ancianas y aun las jóvenes, eran siempre las que excitaban á los hombres á declararse la guerra, y para esto encendian, durante la noche, una gran hoguera en la ranchería, y se ponía una de ellas á dar gritos lastimeros, mezclando entre sus sollozos, la relacion de sus agravios contra aquellos con quienes se queria pelear. En esta tarea de estar desvelando á la tribu con sus lamentaciones, se reemplazaban unas á otras durante toda la noche, siendo como debe suponerse, harto expresivas y conmovedoras aquellas arengas y sollozos femeninos, que en el silencio de la noche pedian proteccion y venganza á los guerreros de la tribu. (42)

(41) Los mexicanos en el tiempo de su gentilidad se valian de este mismo ardid en sus cacerías. (Nota de Santa María).

(42) Dice Santa María que cuando se advertia en las indias este movimiento nocturno, paraba siempre, ó en una fuga total de los indios congregados, ó en algun ataque sangriento al pueblo inmediato; y copia una de aquellas arengas con que las indias exhortaban á los indios á la guerra contra los españoles, y que á la letra dice:

*Nosotros ántes subiendo al monte, bajando al llano, comiendo harto y no teniendo miedo; correr por todas partes como venado, y nunca morir con cuchillo ni con balazo. Mi marido y mi hijo morir; otro mi marido tambien morir, yo lo vi tanta sangre, tanto sus-*

Siempre que estas veladas y algazara de las mujeres tenia lugar, los indios preparaban silenciosos sus arcos y flechas, se teñian el rostro, los hombros, y los brazos, de negro, rojo, ó blanco; se soltaban el pelo sobre la cara y espalda, y una vez preparados así, ejercitaban su cuerpo en contorsiones y brincos como probando su destreza y agilidad para el combate.

He dicho anteriormente la manera como se enviaban unas á las otras aquellas naciones, sus embajadores de guerra; mas esto no siempre tenia lugar entre ellas, porque muchas veces se atacaban de sorpresa, en cuyos casos la nacion atacada era por lo regular vencida y puesta en fuga ántes de que hubiera tenido tiempo de preparar su defensa, pues á tal grado eran inesperados y repentinos estos ataques en que no habia desafio prévio. A las diferentes tropas españolas que entraron en Tamaulipas bajo la direccion de su conquistador D. José Escandon, nunca se dió el caso de que las tribus de que me vengo ocupando les enviaran embajadores de guerra, como lo acostumbraban generalmente entre ellas, sino que cuando las atacaron fué siempre procurando sorprenderlas.

Si el enemigo que se proponia atacar una de aquellas tribus tenia su caserío léjos del lugar que ésta ocupaba, se preparaba la marcha de la nacion entera, dividida en dos secciones; á la vanguardia caminaban los guerreros listos y prevenidos para todo evento, y las mujeres y niños iban á la retaguardia á cierta distancia, cargadas con arcos y flechas de repuesto, con guajes llenos de peyote y agua, con provisiones de carne ahumada y frutas silvestres, llevando ademas de todas estas provisiones algunas plantas, que elejidas y preparadas de ante mano, les servian para contener la emorragia de sus heridas y coadyuvar á su cura-

*to, tanto llorar, y yo no poder sanar: los soldados españoles mucho malo como espina, matando nosotros y llevando nuestro uuchacho mucho tan léjos: las mujeres aquí llorando sola como paloma, porque no tener hombre que nos defender: yendo nosotros acostar con soldados como sus mujeres, la ranchería quedar sola, y los indios sin hijo como palo: si no nos defender nuestro hombre nosotros yendo con soldado, y todo se acabar como nada: comiendo solo agora, durmiendo y queriendo mujer como perro: los indio flojo, los indio no pelear ni matar español: ¡ay mi marido! ¡ay mi otro marido! ¡ay mi hijo! cuando tener ellos tanta flecha sin matar con ella soldado: soldado agora valiente como lobo; indio cobarde como conejo huyendo: nosotros yendo con soldado para no llorar.*

Con esta arenga ú otras semejantes alusivas al motivo de la guerra ya fuera ésta con los españoles ó con alguna de las naciones de entre ellos, se alternaban las indias toda una noche; y despertaban con ellas la efervescencia é irritacion de los campeones para que salieran sin pérdida de tiempo al campo de batalla.

cion. (43) Cuando el lugar donde se piensa dar el combate no está lejos de la ranchería, entónces, queda siempre en ésta una parte de las mujeres y niños para estar á su cuidado, entre tanto regresan los combatientes.

Cuando dos, tres ó mas naciones se convenian para sorprender á otra ó á otras, emprendian todas la marcha al punto de cita avisándose por medio de humaredas el camino que llevaban. Una vez reunidas se aproximaban á la estancia en donde se encontrara la nacion enemiga, con el mayor sigilo, y si ésta no los sentia á tiempo, se arrojaban por todas partes sobre ella prorumpiendo en furiosos alaridos y dicterios relativos á la causa de la guerra. Generalizado el ataque y defensa por ambas partes, concluía siempre la batalla por retirarse del combate uno de los bandos contendientes, sin ser perseguido por el otro; porque la actitud de defensa en que verificaban sus retiradas era suficiente á imponer al que podia considerarse como vencedor. Cuando en uno de estos combates quedaban muertos algunos por ambas partes, lo que no siempre sucedia; ponian el mayor empeño y esfuerzo en no dejar en poder del enemigo los cadáveres de los suyos, así como en llevarse los de los adversarios que habian caido, lo que si llegaban á conseguir era considerado entre ellos como la mejor prueba de su victoria.

Las tribus tamaulipeecas en todas estas campañas celebraban mucho mas con sus gritos y algazara la muerte que habian dado á algunos de sus enemigos, que lo que sentian la pérdida de algunos de los suyos, pues entre ellos estaba como aceptada la máxima antigua de que un enemigo para el mal tenia siempre diez veces el valor que el mejor amigo para el bien; y por tal razon celebraban mas la muerte de uno de sus adversarios que lloraban la pérdida de uno de los suyos.

Cuando de ante mano se desafiaban dos ó mas naciones para la guerra, señalaban el dia y el lugar en donde deberian de combatir, el cual por lo comun era elegido en el interior de algun espeso monte. Se llegaban con el mayor sigilo á éste ambos beligerantes, arrastrándose por entre las peñas y malezas, ocultándose entre los troncos y sombras

(43) Aun se conocen y se usan en el dia algunas de estas plantas, como la *Tamaulipa*, y el *sámaloto* ó *patochil*, cuyas hojas calentadas ligeramente al fuego y aplicadas á una herida ó llaga persistentente y antigua, procuran su pronta curacion.

La corteza del árbol llamado retama, pulverizada, se usa tambien como secante en la curacion de toda clase de grano, y sus efectos son idénticos á los del presipitado rojo ó sublimado corrosivo.

de los árboles, hasta que llegaban por fin á aperebirse mutuamente, y entónces, atrincherándose cada campeon tras los peñascos y los árboles, se disparaban sus tiros. La señal del ataque era entre aquellas tribus un general alarido, y los que hacian de capitanes, en continua carrera entre los suyos y con mayores gritos y ademanes que los demas, los animaban á no desmayar en la pelea. En su mútuo ataque estas naciones no eran temibles ni insistentes para destruirse, salvo algunas de ellas que dejo ya citadas en otro lugar como muy guerreras y sanguinarias. El combate se reducía muchas veces á una gran algazara y escaramuza de la que resultaban pocos heridos y contusos. La retirada de uno de los beligerantes se efectuaba desde el momento mismo en que uno de los suyos volteaba la espalda al enemigo y emprendía la carrera de la fuga, en la que pronto era seguido de sus compañeros, dejando en muchos casos á su capitan ó gefe, que tratara de contenerlos, en poder del enemigo. Tanto la tribu que se consideraba como vencedora, así como la que emprendía la fuga ó retirada, volvian á sus rancherías respectivas llenando el viento con gritos de gozo, en los que mezclaban frases en alabanza de la victoria adquirida, por mas mal que hubieran salido de la contienda; y en este regocijo las indias principalmente se hacian notables por sus demostraciones y gritos en honor del triunfo adquirido, aunque hubieran quedado muertos en el campo de batalla sus hijos y maridos, pues dejaban las fórmulas de su duelo para despues del festejo de la victoria. En muchos casos, las indias que formaban la retaguardia en tales batallas, conduciendo las armas de reserva y las demas provisiones, tomaban parte activa en la pelea en casos urgentes, demostrando tanto arrojo, valor y fuerza como los indios, y aun en muchas veces causando mayores estragos que éstos. Entre todos aquellos pueblos se reconocia como capitan al mas fuerte y ágil en la lucha, en la carrera, y en el asalto; y su autoridad de gefe le duraba solo lo que su fuerza y destreza, perdiéndola el dia en que otro de su tribu llegaba á vencerlo; pues éste ocupaba entónces su lugar, y el capitan vencido era considerado despues como el último de los suyos, cuando no era muerto en sus encuentros con su sucesor.

Desde el Rio Bravo del Norte hasta la raya de la provincia de Tejas, vinieron del rumbo de Nuevo México, por el año de 1749, á ocupar aquel suelo, dos naciones llamadas *comanches* y *apaches*, que fueron de las mas numerosas y guerreras entre todas las naciones que se conocieron por aquella parte del Nuevo Santander. Estas dos naciones eran

tambien las mas civilizadas de las que entónces se hallaron en Tamaulipas. (44)

Estas dos naciones usaban formar tiendas de campaña bastante espaciosas con pieles de sábolos muy bien curtidas, las que cuando cambiaban de lugar en su vida errante, conducian al lomo de sus caballos. Sus trajes consistian en gamuzas y pieles curtidas con pelo, que se sujetaban al cuello y cintura, usando generalmente una piel de ébolo tan grande como ellos, que puesta á sus hombres les cubria todo el cuerpo por la espalda como una verdadera capa. La estatura de estas dos razas excedia por lo comun á la de las demas tribus que habitaron el norte de Tamaulipas: su color era rojo bronceado, su pelo que se dejaban crecer hasta las rodillas, lo usaban trenzado, y cuando no les llegaba el natural á tal tamaño, se valian los hombres de las trenzas de las mujeres á las que se las cortaban para agregarlas á su cabellera, y muchas veces usaban tambien las crines y colas de sus caballos para aumentar la longitud de su trenza. Por esta costumbre de los comanches y apaches, sus mujeres por lo comun se miraban pelonas; éstas usaban pendientes en las orejas y nariz, hechos de concha ó huesecillos, y por traje llevaban una nagüilla corta, de piel curtida de ébolo, que fajada á su cintura les cubria hasta la rodilla.

La poligamia entre los comanches estaba admitida, y cada uno de ellos tenia varias mujeres, que por costumbre tenia que colocar en distintas tiendas sin que pudiera reunir las en una sola. Cada una de estas mujeres tenia que servir á su indio siempre que éste se presentaba en su tienda. A ellas tocaba preparar siempre la comida, que era generalmente carnes asadas y frutas silvestres, tenian ademas que armar y desarmar las tiendas en las continuas emigraciones de la tribu, y durante la marcha, los indios caminaban en sus caballos, mientras ellas á pié llevaba del cabestro el animal que conducia la carga de la tienda y demas útiles de la familia: tal era la esclavitud á que estas dos tribus tenian reducida á la mujer. El hombre entre ellas no tenia mas obligacion que llevar á la puerta de la tienda de campaña, el ébolo ó venado

(44.) Estas dos tribus cuando fué reducida la nueva colonia de Santander á la dominacion española, se alejaron á donde habian venido, yendo á andar errantes en los desiertos de Sonora, Nuevo México y aun California; y llegaron á ser despues en sus combates y correrías los mas salvajes y sanguinarios entre todas las tribus conocidas por las comarcas citadas.

que mataba en el campo, y hasta el trabajo de curtir las pieles se les dejaba á las mujeres. Las numerosas manadas de yeguas y caballos que se han propagado por aquellos desiertos, proporcionaban á estos indios, potros salvajes fuertes y lijeros, que agarraban con lazos y trampas preparadas en las orillas de los abrevaderos. Estos indios no usaban montura, sus caballos por lo regular iban en pelo, y á lo sumo ponian sobre su lomo un pedazo de cuero curtido fajado con un cabestro; las riendas y frenos, usados por ellos, consistian en un lazo puesto á la barba del caballo, y por este medio llegaban á gobernarlos con una perfeccion que no dejaba nada que desear.

Ya en el año de 1750 el armamento de estas dos naciones, ademas del arco, la flecha y la lanza, era tambien la escopeta y el chuzo, cuyas armas conseguian con los españoles de los presidios de Tejas, á cambio de pieles de ébolo curtidas. En el manejo de estas últimas armas no eran aún muy diestras, y regularmente en sus ataques y defensas, se ponian á la vanguardia los que iban armados con arcos y flechas, y en segunda fila, en puntos elejidos convenientemente para no herir á los suyos, se colocaban los que iban con fusiles; y bien seguros de su puntería, léjos de la escaramuza y sin entrar á lo reñido y peligroso de ella, disparaban con éxito sus tiros. Los apaches eran aun mas torpes en el manejo del fusil, pues debido al poco conocimiento que tenian de la llave se las quitaban, haciendo que uno de sus compañeros diera fuego con un tizon á la cazoleta, mientras el tirador apuntaba.

He dado anteriormente una idea de lo que era el mitote entre las tribus tamaulipecas, pero entre los comanches y apaches no se verificaban éstos de la misma manera. Cuando una de estas dos naciones preparaba alguna fiesta y embriaguez, se congregaba en lo mas oculto de un monte como las primeras, encendian la hoguera que debia iluminar el festin, y la carne que preparaban para el banquete era uno, dos ó mas prisioneros que habian hecho á alguna de las naciones enemigas. Estos aun vivos, con fuertes ligaduras en los piés y las manos, eran puestos al lado del fuego y ahí perdian la vida entre terribles tormentos.

Estos mitotes de los comanches, los he encontrado descritos en la Relacion Histórica de Santa María, de la siguiente manera:

“Para disponer mejor y suavizar la carne de los infelices prisioneros “condenados á servir de potaje en las orgías de los comanches, les frotan “todo el cuerpo con cardos y pieles humedecidas hasta hacerles verter la “sangre por todas partes. Preparado así este manjar tan horrible y mas

“que brutal se ordenan los danzarines en su fila, y círculo al rededor de la hoguera y de sus víctimas. Uno á uno y de cuando en cuando, saliéndose del orden del baile se acercan á los desgraciados prisioneros, y con los dientes les arrancan á pedazos la carne que palpitante aún, y medio viva, la arriman con los piés á la lumbré, hasta que dejando de palpar se medio asa: entónces vuelven á ella para masticala y echarla á su estómago antropófago, cruel y mas que inhumano. Cuidando al mismo tiempo de arrancar los pedazos de las partes mas carnosas donde no peligré la vida, como tambien en no romper al principio ninguna vena de las principales para que no se desangre, para que ya descarnado todo el cuerpo y roido hasta los huesos, se acercan á la víctima los viejos y viejas á roerle con lentitud las entrañas y á quitarles la vida. Suelen tambien dejar para la noche siguiente la consumacion de la obra, y entretanto aplican á los infelices en las heridas y bocados que les han sacado de la carne, carbon molido ó ceniza caliente, observándolos de continuo para que no acaben, sin que tengan parte en su muerte los viejos y viejas.”

La sencillez y claridad de tal descripción no deja duda alguna de que si bien los comanches y los apaches, eran de las naciones mas civilizadas en cuanto á ciertas costumbres é industrias practicadas en su vida doméstica, eran los mas bárbaros y crueles en el trato que daban á sus enemigos; dejando muy atras las monstruosidades cometidas por las razas salvajes en los siglos pasados, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo. Los egipcios haciendo servir la carne de las víctimas en sus banquetes, no prolongaban al ménos la agonía de éstas ni se recreaban en sus martirios; los romanos gozándose en ver á los mártires destrozados por las fieras, no presentaban sus carnes en sus comidas, y todo lo que sobre este particular he leído en los libros antiguos no iguala en mucho á este mitote sangriento de las dos naciones de que me vengo ocupando. Solo he encontrado algo parecido á esta barbarie espantosa en los medios que usaba la inquisicion en la época de Pedro Arbués, para atormentar á los acusados de herejía y hacerlos morir despues abrasados en los autos de fé.

Los comanches y apaches tenían tambien la bárbara costumbre de arrancar á sus prisioneros la piel que cubre el cráneo dejándoles el casco descubierto y sangriento, y ésta que llamaban la cabellera la ponian en el centro de sus bailes que verificaban como de costumbre entre

alaridos y algazara. (45) Estas dos naciones entre sí eran enemigas, y los comanches llegaron á vencer á los apaches en sus frecuentes combates llegando éstos á temer á los primeros á tal grado, que el solo grito de un comanche oido en las cercanías de un campamento de apaches, era bastante para determinar la fuga ó retirada de éstos, no obstante que eran mas numerosos; pues los *lipanes* y *mascaleros* no eran mas que tribus ó secciones de esta misma nacion.

El arrojo y barbarie que los comanches demostraban en sus ataques y correrías, solo habia sido vencido por una nacion llamada de los *guasas*, que habitaba en las partes septentrionales de Tejas al Nuevo-México.

De las noticias relativas á esta raza que he encontrado en antiguos escritos, se sabe que su civilizacion se hallaba ya muy adelantada á principios del siglo pasado. Esta nacion no era errante como las demas á que me he referido; construía extensos caseríos con alojamientos bastante abrigados, elevaba torrecillas de adóbes á manera de baluartes para la defensa de sus pueblos en los ataques de sus enemigos, y reunia á sus hombres de armas al toque del tambor en los momentos necesarios ó de peligro.

Los guasas no carecian de cierta legislacion; y entre ellos, los capitanes decidian como jueces en sus diferencias domésticas; siendo siempre respetadas y cumplidas las sentencias pronunciadas, cualquiera que fuera su sentido y determinacion; sus trajes los formaban con gamuzas y pieles curtidas y hacian el tráfico y alianza con los nuevos pueblos de Tejas y Luisiana, en la línea que dividia estas dos colonias.

Cuando los comanches se aventuraban á atacar los hogares de los guasas, se veian precisados á cortar la cola á sus caballos, porque segun voz general entre ellos, un solo indio guasa, cuando perseguia al comanche despues de alguna derrota que les hacian sufrir, alcanzaba á sus caballos en la carrera, les derribaba al suelo sujetándoles por la cola, y en la caida daba muerte al jinete con sus propias armas. Ayudaban á los guasas en esta empresa, su estatura gigantesca, su fuerza extraordinaria y su mucha agilidad en la carrera.

El escritor que al presente mencione tales hechos, no puede considerarse como el responsable de la verasidad que se les quiera conceder,

(45) Esto segun su cuenta, es aún en el dia un medio con que martirizan á sus enemigos los indios bárbaros en las fronteras de Nuevo-México.

pues que no hace otra cosa que referirse á lo que otros, en tiempos ya remotos, han dejado escrito.

Sobre esta velocidad en la carrera que se atribuye á los guasas, hace un escritor del siglo pasado, la siguiente relacion:

“En un combate de guasas y comanches, llegaron éstos por casualidad á cojer prisioneros á dos guasas, que con las mayores algazaras de triunfo llevaron á su rancharía, y ya les preparaban el mitote para destrozarlos y comérselos vivos á su modo. Por festejo previo se dispusieron en número de mas de trescientos de á caballo, y apostados en distancias proporcionadas, soltar á pié y libres á los dos prisioneros obligándolos á correr, alcanzándolos de nuevo, y reiterando la diligencia para pasar el rato en esta diversion, y hacer tiempo á la hora del baile. Entre tanto los guasas, haciendo el papel de compungidos, y acobardados, hurtaban unas veces sus vueltas á sus perseguidores, otras se dejaban alcanzar abanzando siempre algun terreno, y llegando en fin á los últimos, sorteando entónces mejor su estratajema y avivando mas su carrera, dejaron atras á todos los caballos rendidos y burlados sobre su montura, á los que ya les preparaban lugar en sus dientes y estómagos.”

Las circunstancias de guerra y desacuerdo en que por lo comun vivian todas las diversas naciones indígenas que se albergaban en las fronteras septentrionales de la Nueva España, fueron de grande utilidad á los conquistadores, cuando emprendieron la reduccion y conquista de aquella parte del continente; pues avivando los motivos de desavenencia entre aquellas naciones, proporcionando algunas veces armas y recursos á unas, y auxiliando á otras en algunos de sus encuentros con sus enemigos, sembraron la division y ruina en que la mayor parte de tales tribus vinieron á perderse.

En los presidios y fundaciones españolas que se extendian por la línea fronteriza del Norte, desde el *seno mexicano* en la bahía del Espíritu Santo hasta las provincias de Sonora y California, establecidos convenientemente para darse mútuo auxilio en casos necesarios, se observó por muchos años y hasta la época de nuestra independencía, esta conducta de fomentar entre las diferentes tribus indígenas sus odios y rencores, como un medio utilísimo de conseguir subyugarlas.

En todo lo que hasta aquí llevo dicho, tanto de los sucesos que se refieren á la Historia General de México, como aquellos concernientes

tan solo á Tamaulipas, se encuentra una gran analogía con lo que en la historia antigua de todos los pueblos ha tenido lugar.

La alternativa en que las naciones del Viejo Mundo, se habian sustituido en el poder y dominio de las demas, tuvo tambien su ejemplo en las razas que en la antigüedad poblaron este continente. Y así como los romanos desde sus reducidas posesiones de las orillas del Tíver llegaron á dominar el mundo que les fué conocido, así existieron tambien en este continente naciones, como los aztecas, que viniendo á fundar su capital en el centro de un lago, llegaron á extender su poder sobre todas las naciones que las rodeaban, extendiendo sus dominios, al grado en que se encontraron en la época de la conquista española.

Muchos y variados ejemplos nos ofrece la historia de esas luchas constantes que desde la mas remota antigüedad han dividido las tribus y naciones, elevando á unas, subyugando á otras, sin que la paz y la libertad hayan podido nunca asegurarse por largo tiempo, desde los persas, los babilonios y los romanos, que fueron los imperios mas poderosos de que nos habla la historia antigua, hasta nuestros dias.

Nada de extraño, pues, debe tener que en la conquista de Tamaulipas, viniera á ofrecerse un nuevo ejemplo, de que una nacion poderosa como España, en nombre de su Dios y de la civilizacion viniera á dar en aquel suelo el último golpe de exterminio á las razas que lo habitaban.

Mas dejo á un lado esta clase de digresiones por no parecerme oportunas en el propósito de simple relator que me he propuesto seguir, y entro en el capítulo siguiente á tomar el hilo de los acontecimientos en la historia de que me ocupo.

CAPÍTULO  
TAMAULIPAS